

Formación de Animadores Misioneros

CARPETA 8

Las Obras Misionales Pontificias



Tema 1

LAS OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS



OBRAS MISIONALES PONTIFICIAS

PRESENTACIÓN

Globalización se ha convertido en una de esas palabras que se difunde como por aspersión y que, al final, todos repetimos, no siempre con el mismo significado; testimonio evidente de la diversidad de significados son las reflexiones y manifestaciones paralelas a las reuniones de los mandatarios político-económicos más poderosos de la tierra.

Pero independientemente del contenido que desde distintas ideologías se da a la globalización, hay que constatar, y así se ha dado por sentado, que es uno de los fenómenos –el fenómeno, a decir de algunos– que caracteriza nuestra época.

Uno de los aspectos, causa y simultáneamente efecto, de la globalización, derivado de la innovación científica y técnica, es el extraordinario avance de las comunicaciones, la informática y el transporte, que ha reducido drásticamente el tiempo necesario para transmitir información, bienes, servicios, personas y recursos a cualquier parte del globo.

Al mismo tiempo, las nuevas tecnologías permiten que las actividades descentralizadas puedan dirigirse desde cualquier punto del planeta con la misma efectividad que si se disfrutara de una presencia física. Baste un ejemplo: el hecho de que muchos problemas mundiales ya son decididamente globales, es decir, ni afectan sólo a un plano local o estatal, ni su resolución puede ser abordada con eficacia en esos ámbitos. Pensemos en cuestiones como el deterioro ambiental, las crisis sanitarias, la delincuencia organizada, los movimientos financieros, etc.

McLuhan y su aldea global han recobrado actualidad; efectivamente, la tierra se ha convertido en una aldea global, un mundo que cada vez se va unificando más desde el punto de vista económico y financiero y en el que hoy es posible comunicar en tiempo real desde todos los puntos de la tierra a cualquier otra parte de ella.

Sin embargo, no deja de haber contradicciones, entre las que hay que apuntar –sin descender a su valoración e influencia– la exacerbación de los nacionalismos, de las posturas racistas, de los radicalismos religiosos, de las preponderancias culturales, y, en contraposición, la preocupante falta de una auténtica cultura de la solidaridad. Aunque existen muchas acciones puntuales de solidaridad, la cultura de la solidaridad lleva consigo una concepción de la humanidad con toda la riqueza de culturas, pueblos, lenguas y razas, como una realidad en la que todo ser humano tiene la misma dignidad y es sujeto de los mismos derechos fundamentales, y se caracteriza –como ha dicho Juan Pablo II en *Sollicitudo rei socialis* (38)– por “*la firme y perseverante determinación de trabajar por el bien común, es decir, por el bien de todos y cada uno, porque todos somos verdaderamente responsables de todos*”. De esa manera, la globalización tendría rostro humano.

Desde la realidad

1. Tomando el pulso al entorno en que vives, ¿qué elementos positivos y negativos detectas que sean expresión de la globalización?
2. A través de la historia de la Iglesia, ¿qué hechos destacas como aportaciones a una auténtica cultura de la solidaridad?
3. Fijándote en tu comunidad, ¿qué expresiones resaltas como signos y antesignos de solidaridad universal?

DESARROLLO EXPOSITIVO

I. Un poco de historia

A través de toda su trayectoria histórica, la Iglesia se ha entregado intensamente a responder al mandato misionero de Cristo, aunque no siempre de la misma manera.

Entrado ya el siglo XVII, el Papa toma las riendas en sus manos con el ánimo de poner cierto orden en la organización de la actividad misionera. Es él quien confía a las distintas órdenes religiosas los territorios de misión; quien, en no pocas ocasiones, envía directamente los misioneros; y quien, con motivo de los grandes descubrimientos, encomienda a los reyes de España y Portugal la evangelización de los nuevos pueblos, estableciendo los llamados “patronatos regios”.

Sin embargo y ante nuevas dificultades, se hace más urgente la necesidad de un organismo que, dependiente del Papa, asumiera la dirección del movimiento misionero. En la Epifanía del año 1622, después de varios intentos fallidos, Gregorio XV funda la Sagrada Congregación para la Propagación de la Fe (desde el Vaticano II, Congregación para la Evangelización de los Pueblos).

Se inaugura así “una nueva etapa [...] caracterizada por la responsabilidad plena de la Iglesia en su tarea misionera, distinguiéndola de la colonización. El solo hecho de Propaganda Fide, liberándose de toda tutela política en sus actividades eclesiales, será su mayor mérito y su mejor justificación histórica ante el mundo y, sobre todo, ante la Iglesia” (Goiburú, *Animación misionera*, p. 98).

Evidencia de que Propaganda Fide cumplió ampliamente sus objetivos es la multiplicación de los territorios de misión y la gran proliferación de asociaciones de ayuda a las misiones, especialmente durante el siglo XIX; en el seno de la Iglesia surge una pléyade de doscientas setenta.

Tan abundante riqueza produce, no obstante, dos efectos negativos: un natural confusionismo entre los

fieles y una excesiva desigualdad en las ayudas a las misiones. Ocurre también algo muy significativo: la Congregación para la Propagación de la Fe, que era la que enviaba los misioneros y dirigía y administraba las misiones, no tiene medios propios para sostenerlas y desarrollarlas.

Ante esta situación, se impone un serio examen de tal cúmulo de asociaciones y se detecta claramente cómo las Obras de la Propagación de la Fe, de la Santa Infancia y de San Pedro Apóstol descuellan, entre todas ellas, por la universalidad y trascendencia de sus fines y por la amplitud de organización. Como fruto de este discernimiento, Benedicto XV ve en ellas un instrumento providencial para ayudar a todas las misiones y, juntamente con la Unión Misional del Clero, las presenta a todo el episcopado en la encíclica *Maximun illud* (1919). Tres años después, Pío XI, el Papa de las misiones, por el “motu proprio” *Romanorum Pontificum* (1922), eleva las tres primeras a la categoría de Pontificias, dependientes directamente de la Santa Sede. Y, a partir de ese momento, las Obras Misionales Pontificias (la Unión Misional del Clero fue declarada pontificia por Pío XII en 1956) constituyen el cauce para que todos los católicos, dirigidos por sus Obispos y sacerdotes, cooperen en las misiones con su oración y su limosna, lo que queda refrendado por el episcopado universal en el Concilio Vaticano II, que considera y proclama estas Obras como el instrumento principal del Colegio Episcopal –Papa y Obispos– para la cooperación en la actividad misionera universal de la Iglesia (cf. AG 38).

En su reflexión postconciliar sobre la responsabilidad misionera de la Iglesia en España (1979), los Obispos afirman taxativamente: “Para estimular, iluminar y coordinar esta movilización de toda la Iglesia en España al servicio de la evangelización universal contamos con las denominadas Obras Misionales Pontificias, instituidas en todas nuestras Iglesias particulares. Son

ellas, en efecto, el instrumento con que cuenta el Colegio de los Obispos, con Pedro y bajo Pedro, para la animación misionera de todo el Pueblo de Dios, para la promoción de las vocaciones misioneras, para la estimulación de la ayuda espiritual a la empresa misionera y para impulsar la generosidad de todos los bautizados y de todas las comunidades cristianas en ayuda de las Jóvenes Iglesias de la misión”.

Como síntesis del pensamiento de Juan Pablo II, baste su afirmación en el mensaje a toda la Iglesia para la celebración del Domund de 1991: “Deseo reafirmar, como ya lo he resaltado en mi encíclica (RM 84), el cometido peculiar y la responsabilidad específica que incumben a las Obras Misionales Pontificias en la tarea de animación y cooperación misioneras, que atañe a todos los hijos de la Iglesia”.

II. Qué son y qué pretenden

Las Obras Misionales Pontificias son el organismo oficial de la Iglesia universal y de cada Iglesia particular para la animación y cooperación misionera universal.

En cuanto a sus **objetivos**, Juan Pablo II en *Redemptoris missio* (84), establece en primer lugar uno general: “Las cuatro obras –Propagación de la Fe, San Pedro Apóstol, Santa Infancia y Unión Misional– tienen en común el objetivo de promover el espíritu misionero universal en el Pueblo de Dios”; y, a continuación, explícita con palabras del decreto conciliar sobre la actividad misionera de la Iglesia (AG 38) dos ámbitos en los que ha de incidir la acción pastoral de las OMP y, de su puño y letra, señala un tercero a tener muy en cuenta.

a) “Infundir a los católicos desde la infancia el sentido verdaderamente universal y misionero”. A través de su acción animadora, las OMP han de suscitar, desarrollar y fortalecer la conciencia misionera del Pueblo de Dios. Las OMP han de trabajar, pues, para que todo cristiano, toda comunidad, sea vivamente consciente de que, por razón del Bautismo, es corresponsable de la evangelización universal y, en consecuencia, ha de ejercer su derecho-deber de participar en la actividad misionera *ad gentes*.

b) “Estimular la recogida eficaz de ayudas en favor de todas las misiones según las necesidades de cada una”. Dentro de ellas, las OMP atienden, principalmente, las que plantea la evangelización propiamente dicha, deber prioritario de la Iglesia. “El anuncio tiene la prioridad permanente en la misión: la Iglesia no puede sustraerse al mandato explícito de Cristo; no puede privar a los hombres de la ‘Buena Nueva’ de que son amados y

salvados por Dios” (RM 44); pero no excluyen sino que integran la cooperación en los campos caritativo, social, educativo, sanitario, etc., porque la liberación en Cristo es integral: se dirige a todo hombre y a todo el hombre. “El desarrollo del hombre viene de Dios, del modelo de Jesús Dios y hombre, y debe llevar a Dios. He ahí por qué entre anuncio evangélico y promoción del hombre hay una estrecha conexión” (RM 59).

c) “Suscitar vocaciones ad gentes y de por vida, tanto en las Iglesias antiguas como en las más jóvenes”. Juan Pablo II (RM 84) añade este objetivo a los señalados por el Concilio. Y recalca: “Recomiendo vivamente que se oriente cada vez más a este fin su servicio de animación”. “La promoción de estas vocaciones es el corazón de la cooperación: el anuncio del Evangelio requiere anunciadores, la mies necesita obreros, la misión se hace, sobre todo, con hombres y mujeres consagrados de por vida a la obra del Evangelio, dispuestos a ir por todo el mundo para llevar la salvación” (RM 79).

No es de extrañar que, a la luz de los textos conciliares, los Obispos de la Iglesia en España afirmen en el documento anteriormente citado: “A todos los miembros de nuestras comunidades diocesanas encomendamos la estima y el desarrollo de nuestras Obras Misionales Pontificias con preferencia a toda otra iniciativa particular que, aunque legítimas en la Iglesia y por ésta bendecidas y recomendadas, no tienen la finalidad universalista de las OMP ni la condición, por ello, de ser el órgano oficial y central de la Santa Sede y del Colegio de los Obispos para la animación y cooperación misioneras de todo el Pueblo de Dios [...] y son imprescindibles para la educación y maduración de la fe de nuestros fieles y de nuestras propias comunidades cristianas”.

III. El talante de las OMP

El talante de las OMP puede sintetizarse en tres rasgos, que se presentan a continuación.

a) Conciencia eclesial. Según la doctrina del Concilio Vaticano II, las OMP son una institución de la Iglesia Universal y de cada Iglesia particular: *“Aun siendo las Obras del Papa, lo son también de todo el Episcopado y de todo el Pueblo de Dios”* (Pablo VI, Domund 1976). Las OMP son expresión concreta de la colegialidad episcopal: *“Son instrumentos privilegiados del Colegio Episcopal unido al Sucesor de Pedro y responsable con él del Pueblo de Dios, Pueblo que es también, todo él, misionero”* (Pablo VI, Mensaje al Congreso Misionero Internacional, Lyon 22-10-72).

Las OMP, por tanto, testimonian la catolicidad de la Iglesia promoviendo *“vínculos de íntima comunión en lo que se refiere a las riquezas espirituales, a los que trabajan en el apostolado y a los recursos materiales”* (LG 13). Lo que equivale a decir que las OMP promueven incansablemente el intercambio mutuo de los dones que el Señor, por su Espíritu, ha derramado en las Iglesias particulares y la Iglesia universal, suscitan un espíritu de fraternidad entre todas las Iglesias con miras a la evangelización universal y, en definitiva, actúan, por un lado, como medio privilegiado de comunión de las Iglesias particulares entre sí y, por otro, entre cada una de ellas y el Papa, quien, en nombre de Cristo, preside la comunión universal de la caridad.

b) Universalidad. En el seno de la Iglesia, las OMP se dirigen a todos los bautizados, a todas las comunidades cristianas, y se preocupan de las necesidades de todas las Iglesias de misión, principalmente de las más pobres, y son expresión de la comunión universal, ya que, por su medio, *“cada Iglesia siente la solicitud de todas las demás, se manifiestan mutuamente sus propias necesidades y se comunican entre sí sus bienes”* (AG 38).

Por esta razón, son también el cauce privilegiado para una solidaridad fraterna entre todas las Iglesias en el esfuerzo común por sostener la evangelización de los pueblos. Sólo un fondo central y pontificio de solidaridad puede evitar el peligro de que falte la ayuda a algunas Iglesias, especialmente a las más po-

bres, y de introducir una discriminación en la concesión de ayudas.

c) Carisma propio: ayudar a la evangelización integral. *“El anuncio tiene la prioridad permanente en la misión: la Iglesia no puede sustraerse al mandato de Cristo; no puede privar a los hombres de la ‘Buena Nueva’ de que son amados y salvados por Dios [...]. Todas las formas de la actividad misionera están orientadas hacia esta proclamación que revela e introduce el misterio escondido en los siglos y revelado en Cristo, el cual es el centro de la misión y de la vida de la Iglesia, como base de toda la evangelización”* (RM 44).

Las OMP no excluyen la cooperación a las necesidades que sufren las Iglesias en los campos educativo, sanitario, caritativo, etc. Sin embargo, su empeño principal y prioritario es posibilitar que el anuncio explícito de Jesús –su misterio, su persona, su mensaje, etc.– llegue a todos los rincones de la tierra, y nazcan y se desarrollen nuevas Iglesias, que, en y desde el seno de cada pueblo y raza, testimonien los valores del Evangelio.

En este sentido, son fundamentales las palabras de Juan Pablo II: *“No se puede dar una imagen reductiva de la actividad misionera, como si fuera principalmente ayuda a los pobres, contribución a la liberación de los oprimidos, promoción del desarrollo, defensa de los derechos humanos. La Iglesia misionera está comprometida también en estos frentes, pero su cometido primario es otro: los pobres tienen hambre de Dios y no sólo de pan y libertad; la actividad misionera ante todo ha de testimoniar y anunciar la salvación en Cristo, fundando las Iglesias locales que son luego instrumento de liberación en todos los sentidos”* (RM 83). Y es que *“la evangelización debe contener siempre –como base, centro y a la vez culmen de su dinamismo– una clara proclamación de que en Jesucristo se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios”* (EN 27).

Las OMP están, pues, al servicio de la realización plena de la misión total de la Iglesia entre quienes aún no conocen a Cristo.

Para la reflexión personal

Tres “aldabonazos” de Juan Pablo II a los cristianos del mundo y, en especial, a los de Europa a la hora de la gran primavera cristiana que Dios está preparando.

- 1 1990: *“Hemos de fomentar en nosotros el afán apostólico por transmitir a los demás la luz y la gloria de la fe, y para este ideal debemos educar a todo el Pueblo de Dios. No podemos permanecer tranquilos si pensamos en los millones de hermanos y hermanas nuestros, redimidos también por la sangre de Cristo, que viven sin conocer el amor de Dios”* (RM 86).
- 2 2001: *“El don de la revelación del Dios-Amor, que ‘tanto amó al mundo que le dio a su Hijo unigénito’ (Jn 3,16) es para nosotros una gracia que nos llena de alegría, una noticia que debemos anunciar a todos con el mayor respeto a la libertad de cada uno. La Iglesia, por tanto, no puede sustraerse a la actividad misionera hacia los pueblos, y una tarea prioritaria de la missio ad gentes sigue siendo anunciar a Cristo ‘Camino, Verdad y Vida’ (Jn 14,6), en el cual los hombres encuentran la salvación”* (NMI 56).
- 3 2003: *“La obra de la evangelización está animada por una verdadera esperanza cristiana cuando se abre a horizontes universales, que llevan a ofrecer gratis a todos lo que se ha recibido también como don. La misión ad gentes se convierte así en expresión de una Iglesia forjada por el Evangelio de la esperanza, que se renueva y rejuvenece constantemente”* (EEu 64).

Para el trabajo en grupos

- 1 En un primer paso, se trata de conocer y valorar la tan variada gama de instituciones y programas de ayuda al Tercer Mundo: **a)** Confeccionad una lista de aquellas asociaciones, movimientos, grupos, ONGs, “hermanamientos” de diócesis o parroquias, que conocéis y que ayudan a misiones o misioneros. **b)** Analizad sus objetivos, medios de sensibilización y de formación que utilizan, ayudas que prestan y ámbitos en los que actúan, y estableced los elementos en los que coinciden y se diferencian. **c)** Desde la presencia concreta de alguna o algunas de ellas en vuestra comunidad o en otra que conozcáis, reflexionad sobre los valores que promueven y en qué medida contribuyen éstos al desarrollo de la comunidad en su dimensión evangélica y evangelizadora.
- 2 Fijaos ahora en las Obras Misionales Pontificias: **a)** Partiendo del contenido del tema, poned en común aspectos y valores nuevos que habéis descubierto, cuáles han supuesto un mayor enriquecimiento personal y cuáles consideráis más necesarios para una animación misionera permanente de cualquier comunidad cristiana. **b)** Señalad semejanzas y diferencias entre las OMP y las asociaciones, grupos, movimientos, ONGs, “hermanamientos”... de los que habéis hablado. ¿Existe alguna que marque alguna distinción fundamental? **c)** Sopesad qué conocimiento existe en vuestra comunidad sobre las OMP en general y cada una en particular: qué piensa la gente que son, qué importancia les dan, en qué elementos se fijan, cómo se viven sus objetivos...
- 3 Compromiso: para dar a conocer mejor a vuestra comunidad qué son y qué pretenden las OMP, planteaos en qué aspectos del tema habría que incidir y resaltar, cómo ponerlos al alcance de la gente, con qué medios podéis contar para esta labor y qué acciones vais a realizar.

TESTIMONIO

CON PERSPECTIVA UNIVERSAL

Yo entré en el convento porque me encantaban los grandes espacios, los paisajes inmensos, los horizontes sin fronteras... Las paredes del Carmelo son transparentes a los ojos del corazón. El Carmelo me permitía vivir en África igual que en la India. En el Carmelo se eliminan las fronteras. Al hacerme carmelita, me hice china, india, japonesa, soy de todas partes, soy de todo el mundo.

Mí corazón es libre de ir por doquier. El Amor le hace posible dar la vuelta al mundo. Todo lo que ocurre en el mundo, ocurre en el corazón de quien ama. El más pequeño hálito de amor escondido puede ser útil a todos los que viven entregados a la acción.

Al entrar en el Carmelo, yo anuncio el Amor en las cinco partes del mundo, en las ciudades más remotas..., yo soy misionera... Y lo seré hasta el final de universo. Sólo el Amor es el camino hacia el extremo del mundo.

TERESA DEL NIÑO JESÚS

Cuando pienso en este "Apóstol del Oriente", mi corazón rebosa de admiración y de agradecimiento profundo. ¡Qué designio de Dios! Llegó a Japón en 1549 y, antes de su llegada, ningún japonés conocía a Dios 'Uno y Trino', ni a Jesús ni a María; no había ningún católico. Pero, después de escuchar las pláticas del Santo, unos quinientos se convirtieron en seguida. Esto fue el comienzo de la historia de la Iglesia católica en Japón. Hoy estoy aquí como una japonesa católica y como Carmelita Descalza. Y con mucha alegría quiero presumir diciendo: quien me ve a mí, ve el fruto de la semilla que sembró San Francisco Javier.

J. MITSUE TAKAHARA, *Carmelita Descalza, Sevilla*

Hoy, el Continente de América es destinatario de la misión *ad gentes*, pues son muchos los ambientes de la sociedad americana donde Cristo aún es desconocido; pero más aún todavía, la Iglesia de América está

llamada a ser, con mayor fuerza, sujeto y agente de la misión *ad gentes*, dentro y fuera de sus fronteras continentales.

JOSÉ V. CONEJERO, *Obispo de Formosa, Argentina*

Quiero expresar algo que me ha impresionado. Es realmente interesante que, siendo un Congreso Nacional de Misiones, hayan invitado a representantes de la Iglesia en los cinco continentes. En primer lugar, este gesto en sí mismo significa el cumplimiento de aquello que el documento conciliar *Lumen gentium* dice de la Iglesia: comunión entre los pueblos (LG 13). En segundo lugar, este mismo gesto [...] viene al encuentro de la profunda aspiración africana, que es la de dar ejemplo a los que viven en Mesopotamia, en Judea, en Capadocia, en Ponto, en Asia, en Frigia, en Panfilia, en Egipto y en las provincias de Libia, próximas a Cirene; peregrinos romanos, judíos o prosélitos, cretenses y árabes; dispongámonos a proclamar en nuestras lenguas las maravillas de Dios (cf. Hch 2,9-11).

F. J. SILOTA, *Obispo de Chimoio, Mozambique*

Me gustaría subrayar dos aspectos del Congreso. En primer lugar, el testimonio de solidaridad universal de la Iglesia. En segundo lugar, recalcar algo que ha resonado fuertemente en él: si una Iglesia local o particular no vive la misión *ad gentes*, le falta algo fundamental. Éste es un aspecto en el que tenemos que crecer mucho hacia una mayor solidaridad y sentido universal.

R. ARBERAS, *Mercedaria Mra. de Bériz, Indonesia*

El Congreso es un reafirmar que "la Iglesia, y en ella cada cristiano, no puede esconder ni conservar para sí esta novedad y riqueza recibida de Dios para ser comunicada a todos los hombres" (RM 11). Es el recuerdo de que todos los pueblos tienen derecho a recibir el anuncio de la salvación (cf. RM 40).

GERARDO RONCERO, *OMP, Roma*

ORACIÓN

Unidos a la oración de la Iglesia, dejémonos impulsar por la fuerza del Espíritu Santo, que mueve nuestros corazones y pone la plegaria en nuestros labios:

Bendito sea el Señor Jesucristo, que ha visitado a los que vivían en tinieblas y en sombra de muerte a fin de iluminarlos; supliquémosle diciendo:

– Oh Cristo, Sol que naces de lo alto, ilumina a todos los hombres con tu luz.

Oh Cristo, Salvador de los hombres, a quien el Padre ungió con el Espíritu Santo y envió para la salvación del mundo:

– Haz que todos los hombres te conozcan y crean en Ti para que así obtengan la vida eterna.

Oh Cristo, esperanza nuestra, que llevas la luz de la salvación a los pueblos que yacen en las tinieblas:

– Abre por el Bautismo los ojos de los que todavía no conocen el amor del Padre.

Oh Cristo, luz de luz, que brillas desde el seno del Padre e iluminas al mundo entero:

– Sé luz para todos los que aún no tienen la dicha de conocer al Padre y sus designios de salvación.

Oh Cristo, predicado a los paganos y maestro de todos los pueblos y razas:

– Ilumina el corazón de todos los hombres con la luz de tu Espíritu.

Oh, Cristo, acampado entre nosotros, pero aún desconocido por una gran parte de la humanidad:

– Manifiesta tu rostro a todos los hombres.

Dios y Padre nuestro, que revelaste a tu Hijo Unigénito a los pueblos gentiles por medio de una estrella: ilumina a todos los hombres y alumbrá sus corazones con la luz de tu gloria, para que reconozcan a Jesús como Salvador y se adhieran a Él con total entrega. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor. Amén.